

Volanta
Formación universitaria.

Título.
Leer y escribir en la universidad. Modos de aprender y de comprender el mundo.

Bajada.

La educación superior alberga y reivindica algunos supuestos en relación con la formación de sus futuros profesionales y su misión en la sociedad, que no siempre son recuperados en la formación que reciben los estudiantes en las universidades.

El perdedor. Predicó en el desierto y murió solo. Simón Rodríguez, que había sido maestro de Bolívar, anduvo medio siglo por los caminos de América a lomo de mula, fundando escuelas y diciendo lo que nadie quería escuchar. Un incendio se llevó casi todos sus papeles. Estas son algunas de las palabras que sobrevivieron.

Sobre la educación popular: mandar a recitar de memoria lo que no se entiende, es hacer papagayos. Enseñen a los niños a ser preguntones, para que se acostumbren a obedecer a la razón; no a la autoridad como limitados, ni a la costumbre como los estúpidos. Al que no sabe, cualquiera lo engaña. Al que no tiene, cualquiera lo compra.

EDUARDO GALEANO

Las palabras de Simón Rodríguez conservan aún hoy vigencia en el ámbito de la educación familiar, de la educación popular y de la educación escolarizada en sus diferentes niveles. La pregunta que nos hacemos y sobre la que intentamos reflexionar en este artículo es qué vigencia tienen en el ámbito de la educación superior, en el cual se plantea por definición la construcción de un conocimiento crítico, integrador de saberes, escuelas, paradigmas y también perspectivas de acceso a ese conocimiento. De manera general, ¿hasta qué punto la educación universitaria no se conforma con una reproducción satisfactoria del conocimiento? Cuando se habla de alfabetización académica se piensa en términos de determinadas competencias escriturales que debieran alcanzar los estudiantes para dar respuesta a las exigencias de la propia academia: rendir satisfactoriamente un examen, redactar un informe, una monografía o una tesina de grado. Se reconoce y, de alguna manera también se naturaliza, la necesidad de encontrar soluciones a una problemática que de hecho existe en relación con los estudiantes y su dominio de la escritura pero se eluden, en términos de Dora Riera, dos preguntas fundamentales: “Qué es la escritura académica y hacia dónde se orienta su conocimiento”. La respuesta a estos interrogantes, en palabras de la autora, contribuirá a disminuir las tensiones generadas en la implementación de propuestas endogámicas que buscan vitalizar al sujeto “estudiante”, profundizando el desfase academia/sociedad. (Riera, 2015).

No se trata de eludir las dificultades que se observan en los niveles y posibilidades de lecto-escritura de los estudiantes. Es imprescindible encontrar respuestas que se traduzcan en

propuestas superadoras de diagnósticos que se repiten año a año en las instituciones universitarias, relacionados con déficits estructurales del sistema educativo, que egresa estudiantes del nivel medio con dificultades de lecto-escritura que ingresan a la universidad con altas probabilidades de fracaso. Diagnósticos a partir de los cuales ha sido posible avanzar en estrategias que han favorecido la inserción estudiantil en la vida académica, pero que no alcanzan a resolver las tensiones surgidas de la contradicción de un sistema educativo que, si bien registra un notable avance en sus políticas de inclusión relacionadas con los estudiantes, en su lógica de funcionamiento, tiende a reproducirse y abastecerse a sí mismo. Ajustar el foco del lente disciplinar, en palabras de Charles Bazerman (2014), es necesario como paso indispensable en el proceso de apropiación de estrategias para desarrollar el entendimiento, la comprensión de lecturas, su relación con otros textos, de manera tal que produzca un involucramiento para, desde allí, facilitar el proceso de escritura. Desde esta perspectiva, el proceso de lectura y escritura, y en consecuencia la formación del sujeto “estudiante universitario”, es entendida en clave individual. Se acude, pues, a sus habilidades cognitivas para desarrollar este proceso y, luego, al marco y reglas instituidos por la propia disciplina para la producción y reproducción de saberes dentro de su propio campo en la variedad de géneros que éste le exija.

El modo propuesto es efectivo si se piensan la lectura-escritura y la producción y reproducción del conocimiento a escala individual. Desde la perspectiva de la psicología cognitiva, la escritura se considera como un proceso cognitivo a través del cual quien escribe, realiza distintas operaciones intelectuales orientadas a un fin y ese proceso según la investigación –ya clásica de Hayes y Flower (1996)– consta de tres momentos: planificación, puesta en texto y revisión. Momentos que se conjugarán de modos diversos según la experiencia y experticia del escritor. En tal sentido, la lente disciplinar y la identificación de los diversos géneros, metodológicamente, permite al estudiante ajustar la escritura en los diferentes niveles de exigencia que se le requiera.

Pero si, además de esta mirada, consideramos desde una perspectiva sociohistórica los procesos de lectura y escritura como una práctica social, en el sentido propuesto por Pierre Bourdieu (2000), nos vemos en la necesidad de situar esa práctica histórica y espacialmente, y por otra parte, considerar las ideas y creencias que se construyen como representaciones sociales y que orientan las disposiciones y elecciones y consecuentemente, los modos de actuar de los sujetos en diferentes contextos y momentos históricos. (Arnoux, coord., 2009)

Es decir, en la heterogeneidad que conforma esa comunidad de estudiantes, ¿qué significa escribir? O parafraseando a Bourdieu: ¿qué significa hablar? ¿Qué representaciones se construyen acerca de para qué, por qué y para quién se escribe o se habla en la universidad? Aún si se trata de la universidad pública, son estudiantes que provienen de situaciones sociales diversas, de experiencias de estudio, de contacto con expresiones del arte y la cultura que también difieren. De manera que las respuestas serán necesariamente diferentes. Esa diversidad– aún en la complejidad que plantea para carreras que tienen un alto nivel de ingreso de estudiantes– debe atenderse si no individualmente, lo cual sería materialmente imposible, sí, en los denominadores comunes identificables en esa comunidad; aquellos vinculados al espacio geográfico e histórico

que comparten, a la memoria común de un pasado que puede activarse en hechos que sean relevantes y significativos en el presente.

Otra pregunta imprescindible está vinculada a las expectativas explícitas e implícitas y a las representaciones que las propias instituciones académicas tienen respecto de la formación de sus estudiantes. Más allá de la formación disciplinar, cuáles son los objetivos que se proponen en tanto pertenecientes a universidades públicas sostenidas con el esfuerzo de toda la comunidad, cuando sólo unos pocos acceden y se pueden sostener en el sistema universitario.

En la respuesta a estas preguntas, entre otras, probablemente surgirán las estrategias que resulten en intervenciones más eficaces para responder a las dificultades que, con las variantes de cada contexto, se vienen observando a través de las evaluaciones y diagnósticos cada año.

Se trata, en todo caso, de pensar acerca de los modos de aprender, de leer, de escribir o de hablar, en términos de una formación académica integradora y, a la vez, transdisciplinar, desde la complejidad del mundo en el que esos futuros egresados tendrán que incidir desde su rol profesional. Elvira Arnoux refiere a esa formación y señala:

(...) debemos pensar que formamos egresados que deberán ser lectores críticos y ejercer su derecho a la palabra no solo en relación con su disciplina sino también con los diferentes espacios sociales en los que se desenvuelva su vida profesional. De allí que la enseñanza de la lectura y la escritura en la universidad excede ampliamente la “alfabetización disciplinar”, por lo menos en nuestra América Latina en la que necesitamos expertos sensibles a la realidad que viven sus compatriotas, intérpretes lúcidos de las posiciones en juego y ciudadanos capaces de dar respuestas innovadoras y persuadir respecto de lo bien fundadas de sus decisiones. (2015, p.2)

Desde una perspectiva comunicacional, son numerosos los aportes que pueden articularse con otros campos, como la educación, la lingüística, la sociología, entre otros, para propiciar una reflexión compleja e integradora en torno a esa formación. En el “pensar situado” de la tradición bajtiniana, podemos encontrar también el germen de algunas de las respuestas buscadas. Esta reflexión exige considerar territorios diversos para su asentamiento. Por un lado, la nación Argentina y la gran nación Latinoamericana como espacio geográfico, histórico y social. Ambos con su diversidad geográfica y sus asimetrías sociales, demográficas y económicas, que determinan modos diversos de percepción del mundo y de los procesos de acercamiento y apropiación del conocimiento. El diálogo con la propia disciplina, con las otras disciplinas, con las problemáticas sociales que nos atraviesan, es también el espacio que problematiza y habilita la búsqueda de respuestas que, en su complejidad, permitan avanzar en una formación cada vez más integradora, inclusiva y comprometida con su lugar y su tiempo histórico.